



Desde

10

años

PLANETA

ROJO

CUANDO TODO SE VINO ABAJO

FRANCISCO LEAL QUEVEDO

ILUSTRACIONES DE ANDREZZINHO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
© de las ilustraciones Andrezzinho, 2016
<http://issuu.com/andrezzinho>

© Francisco Leal Quevedo, 2016
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5487-0
ISBN 10: 958-42-5487-1

Primera impresión: octubre de 2016
Segunda impresión: enero de 2017
Tercera impresión: junio de 2017
Cuarta impresión: febrero de 2018
Quinta impresión: noviembre de 2018
Sexta impresión: agosto de 2019
Septima impresión: marzo 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

FRANCISCO LEAL QUEVEDO (biografía)

Ibagué, Noche de Brujas-1945. Médico Pediatra en ejercicio. Filósofo, escritor de ensayos multidisciplinarios. Incansable viajero, relata sus experiencias en sitios singulares de nuestro planeta. *Cuando todo se vino abajo*, primer libro de ficción con el sello Planeta Lector, surgió de su vivencia del terremoto de Chile, de intensidad 8.8 en 2010. Sus libros de literatura infantil y juvenil han encontrado un gran público lector en Colombia, Venezuela, Ecuador y Perú. Fue finalista del Premio Norma Fundalectura en 2003, con *Aventura en el Amazonas*.

En 2009 fue ganador del II Premio Barco de Vapor-Blaa, con el *Mordisco de la Medianoche*. En ese mismo premio fue finalista con *Los secretos de Hafiz Mustafá*.



Para Amalia y Santiago, mis amores primordiales.

CONTENIDO

I. Figurita.....	11
II. Camino a casa	19
III. El fútbol siempre llama.....	25
IV. Solo	31
V. Está temblando... ..	39
VI. ¿Dónde están ellos?	47
VII. ¿No tiene parientes?.....	53
VIII. En el refugio.....	61
IX. ¿Será ella quien llega?	71
X. 8.8	77
XI. Como botellas al viento	83
XII. Como era antes	91

XIII. Sentados a la mesa.....	99
XIV. Sobrevivientes	109
XV. Aurora.....	117
XVI. ¿Qué harán conmigo?.....	125
XVII. ¿Acaso me adoptarán?	129
XVIII. Intentaré una figurita.....	135
XIX. ¿Hacia dónde iría?.....	139
XX. La otra cara de esta historia	149
XXI. Posdata	155

I FIGURITA

Lo recuerdo bien, momento a momento, pues aquel fue el último día, antes de que todo se viera abajo.

Estábamos en el colegio, en la penúltima clase de la tarde, la de Matemáticas...

La profesora, la señora Solita, había explicado los números fraccionarios, que tienen cierta dificultad; estábamos cansados y ella quería hacer una pausa.

Nos preguntó, uno a uno, qué queríamos ser cuando grandes.

Al comienzo la miramos como desorientados, entonces nos dijo:

—Cuando crezcan tendrán una profesión u oficio, supongo, ¿qué se imaginan que harán entonces?

Algunos decían tonterías, como cantantes, ciclistas y policías, y todos nos burlábamos.

De pronto uno dijo que bombero y todos se rieron, menos yo.

Me quedé serio, pues mi padre lo es ahora, mientras consigue otro empleo, pero ninguno de mis compañeros lo sabe, ni siquiera Lorenzo.

Otros respondían con cierto orgullo, que médicos, administradores de empresa o arquitectos.

Hasta hubo uno que dijo que sería escritor y todos lo miraron como bicho raro, menos yo, pues creo que inventar historias debe ser un trabajo interesante.

Al fin me tocó el turno.

—Ahora tú, José Carlos —dijo la profesora.

Y antes de que respondiera cuál era mi sueño cuando grande, mis amigos dijeron a coro:

—Futbolista, futbolista, futbolista.

—Por algo lo llaman Figurita —agregaron.

—Y mete unos goles increíbles.

La profesora me miró con ojos grandes, como si le pareciera extraño.

—¿Solo futbolista y no vas a estudiar una carrera?

—¿Acaso ser futbolista es poca cosa? —me pregunté sin decir nada.

Quizás ella no ve televisión y no se ha enterado del Mundial, de pronto a su edad ya no le interesa ir a un estadio y no sabe la alegría de oír las barras animando y el estruendo que provoca un golazo. Ni sabrá cuando uno se sale con la suya con una gran jugada. Y menos la felicidad al remontar el marcador de un partido casi perdido y anotar el gol del triunfo en el último minuto. Y sentir que toda la tribuna es un solo grito. O por ser profesora, sólo le parecen valiosos los libros. Todo eso pensé en un instante, por eso le dije:

—Lo que yo quiero, por encima de todo, es ser un gran futbolista, pero además construir casas y carreteras y puentes colgantes...

Se quedó mirándome, esperaba que terminara la frase, entonces agregué:

—También quiero llegar a ser un ingeniero.

Y creo, por su sonrisa, que mi respuesta le pareció bien.

Pero me quedaron ganas de contarle algo más sobre un golazo. Quise decirle que se acuerde de mi, cuando dentro de unos años sea famoso y hasta aparezca en el álbum de un Mundial, o en la página deportiva de los diarios y sea célebre como toda una figura... de pronto llego a ser el más conocido de todos sus alumnos, pero algo me decía que no contara esas cosas, que todos se iban a reír de mis locuras. Y no agregué una sola palabra más.

Llegó el momento del recreo, nos apresuramos a salir del salón, como si hubiéramos estado encarcelados. El patio es muy pequeño, casi no tenemos espacio para correr y saltar. En cambio, hace unos meses... No puedo evitar comparar este colegio con el otro, con el de antes de la mudanza.

Tuvimos que venirnos a vivir a este barrio porque mi papá llevaba casi un año sin empleo. Aquel colegio era más grande, nuevo y lleno de luz. Este tiene un pequeño edificio de ladrillo donde están la rectoría y la biblioteca, el resto es de casetas y más casetas de madera, viejas y destartaladas. La mía, la del curso 5-C,

por fuera es azul y por dentro blanca, pero de un blanco sucio por el polvo y por los años. El salón es a ratos oscuro, cuando el sol no sale o las nubes lo tapan. El tablero está pelado a parches, la pintura descascarada se cae a pedazos. La tapa de mi pupitre está desprendida, le falta una bisagra y a la otra la sostienen apenas dos tornillos de los cuatro necesarios.

Tenía sed, busqué en mis bolsillos, las monedas casi me alcanzaban para una paleta de agua de sabor a salpicón, que me encanta, faltaba poco, le pedí prestado a Jorge para completar, aunque no pude asegurarle cuando iba a pagarle. La disfruté hasta la última gota.

Luego, con Álvaro y Julio, nos pusimos a cambiar láminas del Mundial durante un buen rato. No he traído el álbum pero no hace falta, me lo se de memoria, página a página, en especial las monas que me faltan. Solo dos compañeros tienen la de Messi, que es una de las raras. La de Neymar no se la he visto aún a nadie. Tengo 280 de 312. Están pendientes 32 difíciles y entre ellas hay tres superdifíciles. De estas últimas, Álvaro tiene una repetida, nada menos que la de Cristiano Ronaldo, pero pide treinta el muy carero. Y no treinta fáciles sino de las medianas. O la vende por cinco mil y no tengo esa plata. Y como van las co-

sas creo que nunca la tendré. Lo que me dan en casa, apenas alcanza para los refrigerios.

Muchos me envidian la mejor de las mías, la de James, con los brazos abiertos, la camiseta amarilla y esa cara de felicidad. Charlando un buen rato logré cambiarle a Julio ocho fáciles, de esas que nos salen a todos a cada rato, por dos medianamente difíciles, de futbolistas del equipo de España. Las mías estaban perfectas, las de él tenían los bordes doblados. Ya en la casa las voy a planchar con cuidado, poniéndolas en medio de dos hojas de papel.

Aquella tarde me aburrí un poco en la última hora, la de Español, había que repetir una y otra vez una poesía antigua, hasta sabérsela de memoria. Lo hice tantas veces que al fin lo logré. Las frases daban risa porque no me decían nada:

Miniatura del bosque soberano, consentida del vergel y el viento...

Tú que vagas en continuo movimiento, de aquí a la cumbre, de la cima al llano...

Llevas la miel para la amarga vida ¡y el blanco cirio para el pobre muerto!



Sólo al final comprendí que se trataba de la abeja y que estaba tan bien hecha que merecía conocerla. Entonces sentí algo de respeto cuando la profesora nos contó que la había escrito un poeta muy famoso en otro tiempo, que su abuela lo había conocido y que varias generaciones de niños la habían recitado antes que nosotros. Luego había que aprender a declamarla, haciendo gestos, con el cuerpo y con las manos. Una y otra vez la misma cosa. Lo intenté, pero para eso no me siento muy dotado. Mis amigos se reían cada vez que recitaba y no sabía si mover las manos o metermelas en los bolsillos.

Al final la profesora nos asignó las tareas para hacer en casa. Eran muchas pero no demasiadas. Justo en ese momento sonó la campana, se habían acabado las clases de ese día. Era el momento de recoger cada uno sus cosas, ponerlas en la maleta y marchar de regreso.

En ese instante no sabía que nunca más estaría en esos muros...

II CAMINO A CASA

Los compañeros se fueron caminando a sus casas, pues la mayoría vive muy cerca del colegio, en unas casas pequeñas e igualitas. Creo que soy el que vive más lejos, en “el otro barrio”, en unas casas aún más chiquitas y disparejas. Bueno, Lorenzo vive muy cerca de mí, pero yo soy el más retirado. A algunos vinieron a recogerlos sus padres. Mi mamá nunca lo hace, aunque le gustaría, pero siempre está ocupada con la casa, con mi hermano o con las costuras, o está afuera en su trabajo, pues la llaman a atender enfermos a domicilio, además no es necesario, conozco bien el camino y se irme con cuidado, sin hablar con extraños.

Aunque sería rico que ella lo hiciera alguna vez, me cayera de sorpresa y nos fuéramos a comer un helado, de varias bolas, una de macadamia, otra de vainilla, otra de chocolate, con salsa de mora o de frambue-

sa y un barquillo de galleta encima, en una heladería grande y bonita que queda en la esquina de la plaza, como hacíamos en el otro barrio. Una vez lo sugerí y volvió a decir lo que me imaginaba:

—Ahora no estamos para gastos.

Como me quedé callado, dijo para consolarme.

—El próximo mes, sin falta.

A veces, de regreso a casa me voy charlando con Lorenzo, mi vecino, el que hoy no ha venido. Cuenta unas historias muy chistosas, así, entre risas, logra que el camino me parezca corto. Creo que tienen algo de verdad, pero otra parte son un invento suyo, como cuando cuenta que en su cuarto hay fantasmas y que él lucha cada noche contra ellos y siempre los derrota. A veces le pregunto:

—¿No es raro que haya sucedido de esa manera?

El se ríe y me deja con la duda. Pero hoy no está conmigo, la enfermedad le ha dado duro, nació con un problema en el corazón. Amaneció con fiebre, deben ponerle una inyección dolorosa y ha de quedarse en cama.

—Ojalá esté mejor y mañana venga —pensé.

Me fui caminando, sin prisa, por las calles largas y solas. Al final de una muy estrecha, cerca a un supermercado, muchos perros peleaban por algo que había en una caneca.

—Si paso en medio de ellos puedo recibir un mordisco sin buscarlo —me dije.

Pasé a la otra acera, pues el peligro siempre hay que evitarlo.

Son unas veinte cuabras, ya me las se de memoria pues las recorro a diario, de ida y vuelta. Podría coger el bus en un trayecto, pero mejor eso lo guardo para el refrigerio. Allá a lo lejos se veía El Arenal, la cancha de fútbol de este barrio.

—¡Sería maravilloso jugar un rato! —Eso iba pensando, mientras me acercaba.

Desde lejos se oían gritos. Un grupo jugaba un partido y alguien acababa de meter un gol.

El Arenal no es una cancha grande ni pequeña, pero la gramilla está pelada y en regular estado y, para colmo, no tiene graderías. Casi siempre armamos equipos de a cinco. El problema es que a veces no tenemos balón. Y jugar con peloticas de caucho o de trapo no es lo mismo, en ese caso prefiero no jugar.



Me encanta el fútbol, siempre que veo a alguien jugando, siento que el balón me llama. Mi apodo se debe a que en cada jugada busco la belleza, nunca estoy pensando qué voy a hacer, eso sale sin darme cuenta, depende de cómo venga la bola, la ataco con una chalaca, o una cabecita, o la paro con el pecho y la bajo a los pies, primero el izquierdo, luego el derecho. Pero a veces el balón no llega, los amigos no lo sueltan o llega mal ubicado, a veces llega sin pedirlo, de cualquier forma, y no es tan fácil lucirse, pero le hago la lucha. Los rivales me tienen en la mira, me marcan todo el tiempo, pero no importa, me quiebro y los paso. Lo que tengo en cintura me falta en potencia, mis disparos no son cañonazos, pero suelen ir bien ubicados. Mis ojos siempre están buscando el arco contrario, como si tuvieran hambre de gol.

El otro barrio era más bonito y la cancha más amplia y hasta tenía graderías cubiertas. Se llama La Gramita. En el campeonato pasado estaban llenas, a reventar. Allá quedaron mis grandes amigos, Cornelio y Saulo. El uno era arquero, el otro defensa y yo, volante creativo. Claro que ahora aquí también tengo varios panas, como Lorenzo, Antonio y Mauro, son buenas personas, pero en la cancha son un poco tron-

cos. Además no es lo mismo un amigo reciente que otro desde que me acuerdo. No hemos podido armar aún un gran equipo, como de pelear un torneo.

También quedaron allá grandes momentos, como mis dos goles en la final del campeonato. En ese barrio ya muchos me conocían y sabían mi nombre, y mi apodo, por supuesto. Era muy popular, en las calles algunos niños me señalaban. Y las barras gritaban:

—Figurita, dispara ¿qué esperas?

—Cuidado, Figurita, vienen por detrás.